

Charla 10-05-2010, Madrid
LA SANTIDAD SACERDOTAL COMO REFLEJO DEL BUEN PASTOR

(Yo confieso ahora que estoy pasando una vergüenza muy grande porque yo no esperaba esto. Yo creía que era una charla a sacerdotes, así, buenamente, espiritual. Y me encuentro con que es una conferencia, con el Sr. Cardenal, los Obispos al lado. ¡Estoy 'acomplejao'! Así que perdonadme que salga ese complejo y aparezca en las palabras que os voy a dirigir.)

He escogido como título un texto de una homilía del Papa Pablo VI. Estamos celebrando los 50 años de sacerdocio de algunos. Y esto es un poco del tiempo de que eran jóvenes sacerdotes, pero tiene una enorme riqueza. Y en esa homilía, a la que haré más referencia después, viene a decir eso: *¿Qué es el sacerdote?* Y dice que *es invitado a personificar existencialmente a Cristo, Buen Pastor*. Es llamado a **personificar existencialmente**. Es pues, cuestión de **la santidad sacerdotal como reflejo del Buen Pastor**. Y entramos en ese tema sumamente rico.

El Concilio ha proclamado y provisto el cultivo de la santidad en la Iglesia, indudablemente. Ha proclamado que *todo fiel está llamado y aun obligado a la perfección, a la santidad, en su estado, en las condiciones cualesquiera que sean, y a través de ellas*. Se insiste, viene a insistir el Concilio en que **la santidad está en la vida real**, no en añadiduras: en largas oraciones precisamente, o largas penitencias. No, sino en la vida de cada día, **el itinerario de la santidad es una bondad cada vez mayor del modo de proceder**. Ser cada vez más buenos, **más buenos siempre con todos**. Y tiene que elevarse así la **calidad** de la vida diaria; para lo cual quizás son necesarios oraciones, más largas oraciones.

Estamos celebrando la fiesta de San Juan de Ávila, ese gran santo, y esperamos próximo doctor de la Iglesia, con todos los títulos de ser doctor de la Iglesia. Yo recuerdo de mis tiempos en Roma, hace años, que el Padre Miguel Ledrus, que fue para mí maestro, espiritual y también de cátedra, excelente, excelente, belga, Michel Ledrus; y me decía con admiración: -'¡Ustedes tienen un San Juan de Ávila, que es un doctor de la Iglesia!'. Y decía: -'¡Para mí, muy superior a San Francisco de Sales!', me decía concretamente. Y me decía: -'Mire, si en Francia tuviesen un San Juan de Ávila, lo tendríamos hasta en la sopa', porque es de una altura que él juzgaba enorme.

Pues bien, San Juan de Ávila tiene ese precioso tratado, el '*Audi filia*' en que da esos tantos consejos de santidad, indica –para que entendamos un poco esa línea del sacerdocio que explicamos enseguida, de la vida real–, dice que: "*Se usaba entonces en los monasterios ejercitar a los mozos en buenas ocupaciones, más que en soledad y larga oración*". Parecía que en soledad y larga oración era la santificación. "*Se les ejercitaba más, por el peligro que de parte de su carne y pasiones no mortificadas les puede y suele venir. Aunque esta regla tiene excepciones, por haber en las personas disposiciones diversas y dones particulares de Dios. Y dije que no ocupaban al mozo en larga oración; entiendo de aquella en la cual se gasta casi todo el tiempo y se tiene como por oficio. Porque, no tener algunos ratos de ella sería yerro muy grande, por los bienes que perdería y porque, aun para bien hacer la ocupación, es menester ganar espíritu y fuerzas en la oración, que de otra manera suelen los ocupados quejarse y andar desabridos, como carro cargado y no*

untado con la blandura de la devoción". Que es lo que nos pasa tantas veces: que si no hay la suficiente oración, pues está uno quejándose de la carga que lleva encima, chirriando. Le falta *la untura de la devoción*, el hacerlo eso suavemente, con bondad.

Pues bien, el Concilio ha tomado ese camino netamente. En ese sentido hay que buscar esa **elevación de la vida diaria**. Y, es engañoso proponer que 'la santidad es fácil porque es simplemente cumplir los deberes de cada uno', sea el que sea: casado, soltero, religioso o sacerdote. Digo que es engañoso porque se trata de cumplir ¡santamente! los propios deberes. No meramente **cumplir los deberes**, sino hacerlo **con un corazón ilimitadamente bueno, desde la unión amorosa con el Señor**. Y eso es lo que es costoso y ahí es donde tenemos que cuidar y tender.

De esta manera todos contribuyen a la renovación de la Iglesia.

San Juan de Ávila es para nosotros un modelo a seguir, uno de la legión de santos sacerdotes que en este Año Sacerdotal hemos tenido ante los ojos y debemos continuar teniendo. *Son una nube*, como dice la Carta a los Hebreos. Una nube de santos sacerdotes. Podíamos citarlos. Santos sacerdotes que van ¡recientemente!, porque están entre nosotros. Juan Pablo II propiciaba la beatificación y canonización abundantes, precisamente para dar a entender ¡la santidad que hay en la Iglesia ahora! Pues bien, cito a San Juan de Ávila, ¡Santo Cura de Ars! Tan distintos y tan iguales. Es importante comprender esto: La santidad del sacerdote es personal, es diversa. No porque busque una diversidad, sino porque *la docilidad al Espíritu crea una diversidad*, y cada uno la realiza *en su tiempo, en su momento, en sus circunstancias*.

Santo Cura de Ars, San Juan de Ávila, ¡San Juan Bosco! No imaginamos al Cura de Ars como San Juan Bosco en los colegios con los muchachos. Son santos, tienen el elemento fundamental. Es esa sombra. Recientemente entre nosotros, podíamos citar, pues santos, los santos fundadores de diversas instituciones de ahora. En Toledo hemos tenido a Don José Rivera, que está introducida también la causa. En Alicante, Diego Hernández. Don José M^a García Lahiguera. Son muchos. Qué distintos y qué parecidos.

Nosotros en los jesuitas hemos tenido dos santos recientes, que son: el Padre Alberto Hurtado de Chile, y el Padre José M^a Rubio, ¡muy distintos! El Padre José M^a Rubio lo vemos hombre de confesonario, está allí en los barrios, escondido. El Padre Alberto Hurtado, de una actividad desbordante, de publicaciones, activo, de movimientos. Pero coinciden en lo mismo: en la santidad sacerdotal, en eso que vamos a tratar ahora entre nosotros ¡animándonos! No para desanimarnos, sino para animarnos.

Y es que, todos tenemos que trabajar y dar nuestra contribución según el propio carisma, al bien y a la santificación de la Iglesia. Será una contribución válida con dos condiciones: que lo haga con espíritu evangélico, y que comience por la purificación y reforma ¡de sí mismo!, contestándose ¡a sí mismo! antes de contestar a otros. Es eso que han hecho los verdaderos santos, los verdaderos reformadores de la Iglesia, ¡los santos! Es el contraste con otras formas de reforma, a la manera de los protestantes, que se han ensañado con la Iglesia, sin reformarse a sí mismos. Cuando el santo vive su vida de santidad ¡no se considera reformador de la Iglesia!, sino sabe que su aportación es la suya. Y es lo que tenemos que hacer. ¿El sacerdote quiere cambiar una parroquia? Que se cambie a sí mismo, primero empiece por ahí.

Y al fin y al cabo esa santidad, fundamentalmente –por eso decimos que se parecen- es la de Cristo. **"La santidad** –dice el capítulo VII de la Constitución de la Iglesia- **es la perfecta unión con Cristo**". Es esa santidad. Y siempre está hecha de *amor de Dios, de amor a los hermanos, de oración, de entrega de sí al servicio del prójimo, de dominio de las pasiones, de obediencia, de amor a la cruz*. Es la verdadera renovación, de la cual la Iglesia siempre tiene necesidad. Y con esto, todo lo demás vendrá. Pero es verdad que tenemos que hacer lo que está en nuestro ambiente y en nuestra mano. No creo en el deseo de establecer una civilización de amor en el mundo, si yo no creo civilización de amor en torno a mí. Y el sacerdote tiene que ser el foco central de esa irradiación de la civilización del amor *desde su propio corazón*. Por eso se comprende lo que decía el Santo Cura de Ars: *"Es un gran tesoro cuando una parroquia tiene un santo sacerdote"*.

Pues bien, el Concilio vio en la santidad del sacerdote el camino necesario para obtener la deseada renovación de toda la Iglesia. Es una confirmación de la persuasión del pueblo cristiano. Es una confirmación más de lo que ya decía San Juan de Ávila en el Memorial para el Concilio de Trento: *"Ya consta –dice él- que lo que este Santo Concilio pretende es el bien y la reformatión de la Iglesia. Y para este fin también consta que el remedio es la reformatión de los ministros de ella. Y como éste sea el medio de este bien que se pretende, se sigue que todo el negocio ha de ser dar orden cómo estos ministros sean tales como oficio tan alto requiere. Pues ésta sea la conclusión: que se dé –pedía él-, que se dé orden y manera para educarles a que sean tales. Y que es menester tomar el negocio ¡de más atrás!, y tener por cosa cierta que si quiere la Iglesia buenos ministros, conviene hacerlos; y si quiere tener gozo de buenos médicos de las almas, ha de tener a su cargo de los criar y tomar el trabajo de ello. Y sin esto no alcanzará lo que desea"*.

Y realmente esta fue como la obsesión del mismo San Juan de Ávila. Él comprendió personalmente la situación en que estaba la Iglesia de su tiempo, comprendió la situación episcopal, sacerdotal, de la Iglesia.

Decíamos que San Juan de Ávila era consciente de la situación de la Iglesia en su tiempo y de la situación de los obispos, de la situación de los sacerdotes. Y, consciente de ello, hace muchas propuestas al Concilio de Trento. Pero él trabaja en una santificación, en un camino muy semejante al camino de San Ignacio, con San Ignacio, en la pobreza, en enseñar el catecismo a los rudos, los seminarios, que él llama 'colegios' para preparar sacerdotes; aliento de grupos de sacerdotes, grupos sacerdotales de líneas diversas. Es verdad que él fue preparado por el Señor. Y uno de los pasos que quizás le prepararon a él fue el **ser curtido por la cruz**, el año que estuvo recluso en la cárcel de la Inquisición al comienzo de su ministerio. Y él juzgaba que *había aprendido más a Cristo crucificado en aquel año, que en todos los estudios y lecturas que había hecho*. Pero es verdad que en él quizás fue la noche oscura que le preparó a la luminosidad del ministerio de la predicación.

El Padre Godínez en su libro *'Praxis de Teología Mística'* habla de –conoce, claro está, y es extendido- el camino de lo que llama San Juan de la Cruz *'la noche oscura'*: que para llegar a las cumbres de la contemplación hay que pasar la noche oscura. Que, en la línea de la literatura ascética de entonces se considera la línea de santidad. Yo creo que de ahí viene en parte, esa especie como de estudio, de preparación de ese camino por ahí, por

la contemplación. Y, tiene que pasar una noche oscura, que describe así San Juan de la Cruz. Y el Padre Godínez, que conocía a San Juan de la Cruz -él estaba en Méjico y había estado en misiones vivas-, él hace esta observación: que él cree que *en la línea apostólica hay también dones de Dios, grandes dones de Dios en la misma vida apostólica, que suelen prepararse por una noche oscura del apostolado*. Entonces explica cuál es esa noche oscura del apostolado: *que puede venir de las dificultades físicas del apostolado, de momentos en los cuales ve uno que se le derrumba todo lo que tiene, y se encuentra como en una noche oscura de verdad; calumnias que se le levantan; quizás errores que comete e imprudencias, que le han venido a producir persecuciones en las cuales sufre mucho*. Y dice: ***Si a través de todo eso conserva la serenidad interior, la fidelidad a Dios, sin amargarse el corazón, eso suele llevarle a grandes comunicaciones del Señor en su mismo apostolado***". Parece que él habla de sí mismo, porque él fue así, él sufrió también mucho.

Pues bien, él a través de la cruz sale en su vida apostólica enardecido, y tiene ese contacto admirable con tantos santos del tiempo. Pero, a todos les enseña ese camino de santidad. Y ese sacerdote que así se santifica, se santifica en el misterio mismo del sacerdocio. Es así.

En torno al Concilio, que nos dio unas líneas muy finas y muy delicadas de nuestra santidad sacerdotal, había muchas voces que insistían en que se hablara, se enseñara *la santidad específicamente sacerdotal*. Y con eso se quería decir: una *santidad sacerdotal* quiere decir que se apoye en el sacerdocio. Un tipo especial de santidad, espiritualidad adaptada, verdaderamente sacerdotal, que tuviera como su fuente primaria el misterio mismo del sacerdocio.

En esas peticiones que había entonces, y que siempre vuelven, hay algo razonable y necesario, que es verdad, con tal de que no se caiga en una especie de 'casta' en sentido espiritual, pretendiendo que no *dicen* con el sacerdote las normas ascéticas aconsejadas a todo buen cristiano. Eso sería equivocado. El sacerdote no es ningún 'super-cristiano'. Es un cristiano con los demás, que necesita dominar las pasiones, que necesita abnegar, la abnegación plena. ¡Necesita! ¿Por qué? Porque sin esa abnegación plena no puede ser buen sacerdote. Tiene que tenerla. Tiene que tener ese espíritu, eso que es de todo cristiano. Y debe servirse de todos los medios que el Magisterio de la Iglesia ha recomendado a los fieles. Y esto lo dice el Decreto sobre el Orden de presbíteros en el número 12 y 18, recalca esto. La vida de santidad tiene exigencias que hay que cumplir, y la abnegación es una de ellas, bien entendida. Abnegación no es lo mismo que mortificación o que penitencia. Pero abnegación quiere decir: no buscar como determinante el propio yo. Y el sacerdote lo tiene que hacer así. Jesús mismo dice: *"Mi palabra no es mía, sino del que me ha enviado"*. Y precisamente el sacerdote tiene mayor peligro de poner 'su palabra' en lugar de la Palabra de Dios; de servirse del púlpito, del ambón para anunciar 'su palabra'. Y tiene que decir en cambio: *"Esto que yo os digo no es mío, es el encargo del Señor"*. ¡Pero no para que yo haga lo mío apoyándome en que es de Dios!, sino que realmente sea así: que lo que transmitimos son del Señor.

*Todo cristiano pues, tiene que santificarse en el cumplimiento de sus deberes. Eso no es específico del sacerdote. Pero, en el sacerdote el cumplimiento del propio deber tiene especiales exigencias de santidad: Primero, porque en él se identifica él con su ministerio. El sacerdote es pastoral, pastor, pastor. Y segundo, porque sus acciones tiene que realizarlas como instrumento de Cristo vivo que rige su Iglesia. Las actividades profesionales como tales no son *instrumentales* en ese sentido. Se deduce que en el sacerdote, junto con una capacidad comunicada por la Ordenación, ahí tiene que haber esa dependencia instrumental del Señor en lo que hace. Esa actuación vivida así, enriquece espiritualmente. Entonces, esto es propio de verdadero camino de santidad: que, **viviendo santamente se crece en santidad**. Y esto es lo que recuerda mucho el Concilio: "*Se santificará si realiza en el Espíritu de Cristo su ministerio sacerdotal*". En el Espíritu de Cristo, no simplemente si realiza correctamente su oficio sacerdotal. Y es que *está llamado a actuar en nombre de Cristo Cabeza, de Cristo Pastor, haciendo presente, personificando existencialmente a Cristo*. Es lo que vamos a desarrollar un poquito.*

*Personificar existencialmente a Cristo. El sacerdote no sólo tiene una autoridad comunicada por Cristo, sino que debe personificar existencialmente a Cristo Cabeza, lo cual no puede hacerlo si no tiene las actitudes participadas del Buen Pastor, que requieren una ascesis específica en su mismo ejercicio. Y eso es lo que marca la identidad sacerdotal. Es pues, realizar las acciones ministeriales vividas con actitudes interiores de **caridad pastoral**. Son ocasiones en que debe actuar esas actitudes. Para ello debe cuidarlas y fomentarlas. Por eso dice el Concilio: "Los sacerdotes se santificarán ejerciendo sus oficios sinceramente, incansablemente, en el Espíritu de Cristo". En el Espíritu de Cristo.*

¡Es admirable el programa que se nos presenta!, el que vemos en esos sacerdotes santos. Es admirable.

En otra expresión dice, en el nº 12 de la *Presbyterorum Ordinis*: "*Ejerciendo el ministerio del espíritu y de la justicia se confirmarán en la vida del Espíritu, con tal de que sean dóciles al Espíritu de Cristo que los vivifica y los conduce*".

Quizás cuando no se lee bien el Decreto del Concilio, y se lee sólo eso: que 'el sacerdote se santificará...', que las actividades pastorales serán medio de santificación', quizás interprete uno que no necesita otros medios; ahí los tiene: la actividad pastoral. Bien, y decimos desde luego que ha de ser esa actividad pastoral *vivida en espíritu*. Pero algunos podrían achacar –de hecho lo han hecho– que, el Decreto parece que describe al sacerdote como *poseyendo ya la caridad pastoral perfecta*: -'¡Si la tiene ya perfecta, pues entonces sí, haciendo su ministerio se santifica!'. El hacer el ministerio, yo no lo llamaría *medio* de santificación, sino *camino* de santificación, no medio de santificación. El *medio* de santificación se llama a esos medios –es decir, prácticas, medios– que *producen* esa actitud interior, la fomentan, cuidan positivamente.

Se diría pues: -'¡Es demasiado optimista! ¡Supone que son todos santos, y entonces van creciendo en santidad!'. No es verdad. El mismo Decreto de hecho tiene aspectos, tiene indicaciones constantes de que hay que cuidarlo, de que hay que ser fieles a la oración, a la lectura espiritual, a los ejercicios aconsejados por toda la Tradición de la Iglesia (el número 18, por ejemplo, del *Presbyterorum Ordinis*). Pero, sobre todo hay que decir que para eso está el Decreto sobre *La Formación de los candidatos al sacerdocio*. Es decir, hay que

preparar, llegar a esa caridad pastoral. Eso se hace en los colegios de formación, en los seminarios de San Juan de Ávila, lo procuraba con ellos. Y eso se realizará, según el Concilio, a través de los seminarios conciliares, en los cuales se trata de **preparar el corazón**, preparar. Y ahí se describe por ejemplo, que *se le enseñará, al candidato al sacerdocio* –número 8 de la '*Optatam totius*'-, se le dice que tiene que irse educando a **adherirse a Cristo como amigo**, con entrega total de amigo, de amistad con Él continua. Tiene que irse educando.

El seminario -lo indico simplemente- no es una casa como un Colegio Mayor donde están los que estudian teología, sino me atrevería a decir que es como el noviciado de la vida sacerdotal diocesana, que debe ser así, que debe ser formativo, que debe cuidar sobre todo, en toda su... lo mismo que un noviciado está montado para cuidar. De tal manera que, llegado el momento del sacerdocio, el Obispo preguntará: -«Scis illos esse dignos?». "*¿Sabes si estos candidatos son dignos?*". No se trata de una dignidad para los bienes sobrenaturales, que nunca somos dignos, sino se trata de preguntar: -¿Sabes si está preparado? Porque, el Sacramento del Orden ¡no transmite esas disposiciones del corazón! Entonces, tiene que haber adquirido **las actitudes sacerdotales**: actitudes de generosidad de corazón, de servicialidad. Tiene que aprender a ser, se suele decir 'un hombre para todos, para los hombres'. Yo creo que no es correcto, hay que decir: es '¡un hombre de Dios! para los hombres'. ¡Un hombre de Dios! para los hombres.

Y eso tiene que estar ya en el momento del, diríamos que el presbiterado como, en su grado, el episcopado -porque todo esto que digo se realiza más plenamente en el episcopado-, que el presbiterado es un *estado de perfección adquirida*. Es decir, que para entrar en ese estado tiene que haber adquirido ya una perfección, una perfección suficiente, una maduración suficiente. Y la pregunta es: -'¿Sabes si son dignos?'. Y es impresionante esa palabra, esa pregunta cuando la personaliza uno, pregunta: -'¿Sabes si este es digno, si está preparado, si tiene las cualidades, si tiene las actitudes, las virtudes, las disposiciones para que se le confíe?'. Y lo que se le va a confiar no es simplemente ¡los poderes sorprendentes y admirables! de *consagrar* y *perdonar* los pecados, sino *el pastorear* al pueblo, conducirlo. '¿Sabes si es digno?'. Y quizás nosotros podemos preguntar: '¿Sabes si continúa siendo digno?'. Y esto tiene que ser para nosotros como un acicate interior para reavivar esas disposiciones. Presbiterado, es pues ese estado de perfección adquirida.

Vamos a hablar un poco de este corazón de pastor, de esa **personificación existencial del Buen Pastor**, de Cristo Buen Pastor.

Hay una imagen, se prefiere generalmente, digo ahora, en el Concilio mismo el Decreto se llama *Presbyterorum Ordinis*, en *Lumen Gentium* el número 20-21 se habla de '*los Pastores de la Iglesia*'. El Papa Juan Pablo II, aquella Exhortación la comenzaba con esas palabras: '*Pastores dabo vobis*', "*Os daré pastores*". Creo que es bueno, es acertado el título de 'pastor', pastor para el sacerdote. Parece que el sacerdote se concibe respecto al sacrificio, al ofrecer sacrificios por los fieles, que lo es, lo tiene que hacer; mientras que el pastor incluye también eso, pero es más amplio. Un pastor, '*Pastores dabo vobis*'. Entonces, creo que es, sugiero esto, os lo propongo para vosotros, sacerdotes, esta reflexión, apoyándome un poco en mis balbuceos exegéticos, que son muy pobres. Pero, me llama la atención y lo quiero proponer aquí: El tema del buen pastor es un tema en San Juan central.

¿En qué sentido central? Primero diríamos central geográficamente: Es el capítulo 10 de San Juan, en el centro. Y en el centro del pasaje, o en la cumbre del pasaje de Jesús en el templo, de 7 a 10. Tiene una gran significación, sin duda ninguna. Y, llama la atención que da unas características del buen pastor y tiene esa frase: -"Yo soy el Buen Pastor" o 'Yo soy el Pastor, el bueno'. 'Yo soy el Pastor, el hermoso'. 'Yo soy el Pastor, el bueno', con artículo en cada uno: 'el pastor, el bueno'. Eso quiere decir no simplemente que es una analogía, sino, lo mismo que Jesús dice: -"Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida", "Yo soy la Luz del mundo", "Yo soy el Buen Pastor". En Ezequiel 34 anunciaba el Señor: -"¡Yo mismo iré a buscar las ovejas!", ¡Yo mismo!, al ver los pastores de Israel. Esa referencia, Jesús en el capítulo 10, final del 9 y 10, la vuelve a repetir: -"Yo soy el Pastor, el bueno", "el Buen Pastor". Es como atribuyéndose atributos divinos: -"Yo soy el Buen Pastor".

Estas palabras, ese capítulo 10, las pronuncia Jesús en tres espacios distintos:

Primero, cuando ha salido al encuentro del ciego curado por Él, que había sido echado fuera de la sinagoga: "Lo echaron fuera" (Juan 9, versículo 34). Y, Jesús oyó que le habían echado, sale a su encuentro. Se encuentra con él, lo recoge, recoge a ese echado del templo, echado de la sinagoga. Y él cree en Él. Y, ahí –diríamos- teniendo esa oveja en sus brazos, es donde va a poner las palabras del Buen Pastor. Ha recogido a ese ciego. Y ahí es donde dice que Él es la puerta, que "el que no entra por Él es ladrón". Y ahí dice, después de decir: -"Yo soy el Pastor" dice: -Y mis ovejas, cuando entra por la puerta "las ovejas oyen su voz, y llama a sus ovejas por su nombre", las llama, una a una por su nombre. Ahí es la primera indicación. Tiene esas características: "las llama por su nombre, y ellas le siguen y Él va delante de ellas. Ellas le siguen porque conocen su voz". Primer tramo de la exposición.

Y luego dice Jesús más adelante: -"Yo soy el Buen Pastor". Entonces, ¿cuál es y cómo es ese Buen Pastor? -"El Buen Pastor conoce a las ovejas por su nombre y las llama por su nombre, las ama a cada una, como el Padre me ama y Yo le amo". Característica de 'el Buen Pastor' que es el Mesías, es Cristo: "El Buen Pastor conoce a sus ovejas por su nombre". Quiere decir personalmente. Pero, formando un rebaño. Y, "las conoce, las ama, da su vida por ellas". Esta es una indicación de la muerte de Jesús en la cruz. "Da su vida por ellas".

Segundo paso que aquí indica: -"Por eso me ama el Padre, porque doy mi vida por mis ovejas -la relación con el Padre-. Tengo otras ovejas que no son de este redil, y las tengo que traer para que se haga un rebaño y un pastor". Lo que viene a indicar pues, es esto: Tenemos el redil, que era Jerusalén, que era ahí –diríamos- el templo. No es que voy a hacer otro templo, otro redil. No, no se cita otro redil. Yo las llamo, voy delante, ellas me siguen, conocen mi voz, Yo las conozco personalmente, camino delante, y se hace..., traigo a las que están de otros rediles, y se hace, no un nuevo redil, sino un rebaño bajo un pastor, porque el mismo Cristo es el redil, Él mismo. Nos unimos en Cristo, en Él.

Y, termina diciendo: -"Por ellos Yo doy mi vida. Tengo poder para darla, poder para recuperarla. Por eso me ama el Padre, porque doy mi vida por mis ovejas. ¡Nadie me la quita!, Yo la doy". Y entonces termina diciendo: -"Este mandato lo he recibido de mi Padre", mi Padre. O sea que, es curioso esto, el que Jesús viene a indicar aquí que ese Pastor ¡da la vida! Es el aspecto sacerdotal: -"Nadie me la quita, Yo la doy", la ofrezco por ellos. ¡Va delante! Y lo bueno del pastor es, el pastor implica una relación personal.

Un sacerdote en Aragón me contaba esta anécdota: que había encontrado allí un anciano de noventa y tantos años que había sido pastor, y hablando con él le preguntó: -¿Y cuántas ovejas tenía? Dice: -Cuatrocientas. -¿Y las conocías? -¡Cómo no! ¡Todas, todas! -¿Y cómo las conocía? -Pues, por la cara, por el nombre y por el balido, de cada oveja. Ese es un pastor. Esa es la parte -diríamos- de semejanza, de parábola. *Él es el Buen Pastor*. Pero, está usando esa imagen en esa realidad.

El pastor no puede conducir desde un tractor. El pastor tiene que bajar al rebaño. ¡Incluso se pone la zamarra de oveja!, y va delante. Y tiene unas características que es: ¡que no manda a las ovejas!, ¡que no les impone! **Las conduce**, las conduce. Es esa imagen que he visto que está también en el anuncio del Año Sacerdotal: el Buen Pastor llevando la oveja sobre sus hombros. Esa imagen que es así. Esa imagen de Jesús que también aparece en la parábola de la oveja perdida: cómo la busca, y al cogerla no la riñe y no le..., sino que la toma sobre sus hombros y la lleva. Esto es fundamental, Jesús el Buen Pastor.

Pues bien, yo creo que podemos decir en verdad que el presbítero -pongamos con ese nombre-, el presbítero es invitado a ser pastor, pero, representación existencial del Buen Pastor. El Buen Pastor es Cristo.

He tomado ese trozo del capítulo 10 de San Juan, riquísimo de contenido. Y en ese sentido mesiánico, del Mesías que da la vida, que llama a las ovejas, ¡cada una por su nombre, pero en rebaño! Que es importante siempre, no son ovejas aisladas allí. Es decir, que nuestro mismo anuncio como sacerdotes y como Iglesia, ¡no es que les enseñamos a que se unan con Dios!, sino *en la Iglesia se unen en Cristo con el Padre*. **Jesús es revelador del Padre** y es Camino, no porque nos hablado muy bien y nos ha enseñado cómo se llega al Padre, sino porque *"nadie viene al Padre sino por Mí"*. Esa es la realidad maravillosa del misterio de la Iglesia: ¡Que es verdad! ¡Que estamos ya unidos a Cristo! **Somos uno en Él**. Y es admirable que en esa verdad se cumple eso que Jesús dice, que: -*"Lo que atéis en la tierra quedará atado en el cielo"*. ¡Los poderes del sacerdote son admirables! Están en el pastoreo. ¡Porque tiene que llevar a buenos pastos! ¡Tiene que dar la vida! ¡Esos buenos pastos es la Palabra y es la Eucaristía! Tiene que llevar a buenos pastos. Tiene que tener esos poderes sacerdotales, él también. Pero tiene que *conducir*, tiene que llevar, tiene que amar. Tiene que, el sacerdote, a veces se dice por el celibato: -¿Por qué se le prohíbe al sacerdote amar?. La verdadera pregunta es: -¿Por qué se le pide que ame tanto?, que ame tanto. Porque el oficio del sacerdote es amar, amar, **amar a todos, amar siempre**, ¡pero amar de verdad!

Pues bien, digo que esa es la figura, está así, es verdad. Pero, es curiosa una cosa: Les forma a los apóstoles, como forma a los sacerdotes, les forma. El encuentro final, diríamos, está en el Sermón de la Cena. Les ha ido formando tres años. Importante también esto: En la vocación al sacerdocio, a veces decimos: -¡Hombre, el celibato!, ¡eso, pedir eso, el celibato! Hay gente que tendría vocación de sacerdote si no fuera célibe'. -¿Pero sería eso sacerdote? ¿Qué es el sacerdote?, ¿el que dirige a la parroquia y es líder de esto y...?. - ¡Hombre, eso me gusta mucho!. -¡Es que eso no es! Es **ser personificación existencial de Cristo**, del amor de Cristo. Decía San Ambrosio: «vicarius amoris Christi», *"vicario del amor de Cristo"*.

Pues bien, les prepara. ¿Les llama a qué? -¡A que vayan a predicar...!'. **A que vayan con Él**, a que estén con Él. Y estando con Él, pues *"uno de vosotros me hace traición"*. Están con Él. Son amigos.

Pero Jesús dice más. En la Última Cena ¡está anunciando lo que será nuestra vida ahora!, después, por su muerte y Resurrección, ¡y les habla de eso! Por ejemplo la parábola: *"Yo soy la vid, vosotros los sarmientos"*, no se refiere a este momento en que está hablando, sino, después de que ha hablado en el capítulo 14 de: les buscaré, os encontraré una morada en la casa del Padre, voy a prepararos, volveré a vosotros, os daré mi Espíritu. Y dice: *"Yo soy la vid, vosotros los sarmientos"*. ¡Está hablando de lo que es la Iglesia!, ¡de lo que es la realidad de la Nueva Alianza!: *"Yo la vid, vosotros los sarmientos"*, y eso va creciendo, vais produciendo fruto, se va extendiendo. Es pues, lo que sucederá. Por eso les dice: *"Vosotros sois mis amigos si guardáis lo que Yo os digo"*. No 'porque habéis guardado –diría- sois mis amigos ahora'. ¡Está hablando de lo que es la amistad con Él!, el que seguirá siendo amigo.

Y digo que llama la atención, que después de esa preparación de la Última Cena, termina el evangelio con una palabra del encuentro con Simón Pedro: *"¿Me amas tú más que estos?"*. Diríamos que viene a ser como la coronación del trato de amistad que han tenido, y es después de la Resurrección, ya en momento nuevo. *"¿Me amas tú más que estos?"*. Sé pastor, *pastorea*. A mí me gusta usar la palabra 'pastorear' más que apacentar. *Pastorea, "sé pastor de mis ovejas"*. -¿Eso está desvinculado? -¡Es lo mismo! El 'ser amigo' es cumplir lo que le digo, ser amigo. *"Sé pastor de mis ovejas"*, condúcelas, llévalas. *"Sé pastor de mis ovejas"*, ¡amándome a Mí! en el conducir las ovejas. Esos no están separados. Es *personificación existencial* de Cristo desde la intimidad con Él, transmitirlo.

Pero es llamativo todavía esto: me llama la atención que, después de la anécdota de Juan: *"Y si Yo quiero que se quede, ¿a ti qué te importa?"*, le dice: *"Sígueme"*. ¡Pero *"sígueme"*, señor, y se va! Y es que le va siguiendo, tiene que seguirle. **Seguirle**, ¡es mantenerse en el seguimiento de Cristo vivo!, de Cristo real. Y ahí es donde, en el Apocalipsis dice esa palabra que también es llamativa, que: *"El Cordero que está junto al trono, Él les pastoreará y les conducirá a las aguas vivas"*. *"El Cordero que está junto al trono"*, Él será su Pastor, *"les pastoreará y conducirá a las aguas vivas"*. Está hablando de nuestra realidad. Él, en el sacerdote conduce. Él, en el sacerdote, nos lleva.

De ahí pues, la necesidad de esa *personificación existencial* de Cristo y lo que esto lleva consigo, esto lleva consigo de poner nuestro corazón en Él. Por eso se comprende el celibato bien entendido. No entendiéndolo simplemente como un no pecar contra la castidad, sino entendiéndolo como es, cuestión de corazón. Tiene que tener el Corazón del Señor, el Corazón de Cristo.

Ese sentimiento, ese aspecto lo tenía también muy claro el Beato, San Juan de Ávila cuando le decía, en *'Audi filia'* en el capítulo 8, le decía a Sancha Carrillo, le decía que tenía que tener, dominar el corazón. Ella era virgen. Y le dice: *"Y si en esto no tenéis freno –en el aficionaros a vuestro director o esto-, vendréis a tener un corazón tan ocupado como lo tienen las mujeres casadas con sus maridos e hijos. Y ya vos veis que esto sería gran desacato contra la lealtad que debéis a Nuestro Señor que por Esposo tomasteis. Porque, como dice San Agustín, todo aquel lugar ha de ocupar en vuestro corazón Jesucristo, que si os casáades, había de ocupar el marido. No tengáis pues, metido en lo*

más dentro de vuestro corazón a vuestro Padre espiritual, mas tenedlo cerca de vuestro corazón".

Bien, estas son pues, como algunas indicaciones o reflexiones.

Esto ¿qué nos sirve a nosotros? Pues yo, fijándome en los que cumplís 25 y 50 años de sacerdote, lo que digo es que es como un nuevo acicate para vivir esta grandeza del sacerdocio, para consagrarnos a Cristo, para entregarnos a Él de verdad, y hacernos esa representación existencial de Cristo, de verdad. Eso quiere decir que tenemos que cuidar mucho el caer en la cuenta de que cuando estamos, tenemos que tener primero, unas posturas –diríamos- determinadas. A mí, en los santos sacerdotes lo que más me llama la atención es: lo **seriamente** que se determinaron a ser sacerdotes. Yo creo que eso es esencial: **determinarse a ser sacerdote, a ser del Señor, a ser manifestación del Señor.** Cuidarlo eso mucho. Él nos dirá: *"Aprended de Mí que soy manso y humilde de Corazón"*. Y eso el sacerdote lo debe tener.

El peligro está siempre, que surgen las pasiones, los egoísmos, y se encuentra en circunstancias favorables para ello porque, como tiene que conducir libre, ¡se puede hacer él, el conductor!, no Cristo, sino él, él, ¡y su voluntad la que se impone! Y cuando ya llega a pensar que el rebaño es suyo y 'aquí yo en la parroquia hago ¡lo que yo quiero!, ¡porque yo soy el que manda aquí!', esa postura la veo muy poco de Cristo. Es verdad que yo tengo que urgir esto, pero saberlo hacer con bondad siempre. Volvemos siempre al lema: **ser bueno siempre con todos.** *Hacer cada día todo el bien que pueda a todos.* Eso creo que sería el lema del sacerdote, **hombre de oración, hombre de Eucaristía, hombre de caridad.** Que sea realmente referencia para llegar por él a Cristo.

Ya os he cansado bastante.